

DIVERTIMENTO
Y OTROS POEMAS

DIVERTIMENTO Y OTROS POEMAS

Nancy Morejón



Cuaderno de Poesía Cubana
número dos
Colección Milhojas

Proyecto Cultural Sur - Madrid / Sureditores

Presidente: *Gonzalo María de Luis Otero*

Director de los Cuadernos de Poesía Cubana: *Alex Pausides*

Coordinadora: *Aitana Alberti*

Edición al cuidado de *Jacqueline Teillagorry Criado*

© Nancy Morejón, 1998

© sobre la presente edición:

Archione Editorial, S.L.

C/ Arenal, 22

28013 Madrid

Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en los artículos 270 y siguientes del Código Penal vigente, podrán ser castigados quienes reprodujeran o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.

ISBN: 84-923468-1-7

Depósito Legal: M-27062-1998

Impreso en España - Editor, S.A. - C/ Hilarión Eslava, 58 - 28015 Madrid

La coherencia y la belleza de una obra literaria se caracteriza por la perseverancia en ciertas obsesiones, la lectura lúcida y lúdica de los otros y el don de captar la vida, desde los aparatosos sistemas, que describen los manuales, hasta los detalles mínimos que pasan desapercibidos para casi todos. Bajo el paisaje de un barrio, la negritud de un brazo que trabaja o acaricia, el sonido de un pan que se reparte, Nancy Morejón cultiva con honda sencillez su experiencia del mundo.

Adolfo Ayuso
(Botella al mar, Sevilla y Zaragoza,
en julio de 1996)

DIVERTIMENTO

Como le gustaría a Rafael Alberti

Entre la espada y el clavel,
amo las utopías.
Amo los arcoiris y el papalote
y amo el cantar del peregrino.
Amo el romance entre el oso y la iguana.
Amo los pasaportes: ¿cuándo dejarán de existir los pasaportes?
Amo los afanes del día y las tabernas
y la guitarra en el atardecer.
Amo una isla atravesada en la garganta de Goliath
como una palma en el centro del Golfo.
Amo a David.
Amo la libertad que es una siempreviva.

AGUA

para Gabriel, el arcángel

Me sobrecoge el agua
o quizás el sonido del agua
cayendo de los cielos.
No ha de importarme tanto
el agua, como el sonido del agua
cayendo de los cielos sedosos,
postrados por nubes incoloras
cayendo el agua de sus sitios
incógnitos y del vórtice
de sus entretelas fastuosas
como un mar
que hinchara paños de terciopelo gris
en el transcurso de la madrugada;
cayendo inertes
sobre las lozas del traspatio
en noviembre.
Una canción de cuna mece el paso dorado
de las horas certeras,
de las hojas entretrejidas con un limo
de espantado sargazo lunar.

¿Por qué me sobrecoge el agua
o más bien su cuerpo habitual,
su grito insomne de niño avisgado,
entre las piedras,
claras piedras,
colocadas por el viento al pasar.
Como esas piedras,
 que reciben
todo el cuerpo del agua,
navegan estas islas que toco
en su cartografía secular,
podridas de cruceros y algas
y pólipos sedientos;
ancladas esas islas
sobre una tinta única que ya se derrumbó
y se ahoga para siempre
en el humo de los escombros habaneros.

Ríe un arcángel
y con él escapé a la caza de los cangrejos,
otra vez al sonido del agua,
o al agua misma
y mi escritura baila en espirales
indelebles
entre la espuma
de los siglos bestiales.
Fui poniendo mis manos
en la fronda de los follajes
y los ojos del agua palparon
el arco amplio y remoto,
vago y sereno
que levantaban otras islas,
las enormes y chicas y ululantes
islas
de la semilla y el acoso,
marchando juntas, sin consuelo,
hacia la flecha del Ecuador.

Mientras transcurre la mañana
me sobrecoge aún el vértigo del agua
en su conjuro sorprendido
o más bien el sonido imperial de sus olas
cayendo sobre una campana volátil
y trémula como mi oreja parda
que escucha el agua,
el agua, el agua, el agua...

Miramar, 14 de noviembre, 96
DOMINGO DE RESURRECCIÓN

Domingo de resurrección.
Ella iba vestida con un trajecillo blanco
muy radiante.
Él iba ataviado con botas de goma,
simples botas de forastero,
un sobretodo monumental

y una bufanda rancia.
Los dos iban, en un pequeño carro
de marca japonesa, una tarde bonita de abril
que era un domingo de resurrección.
Él apenas recordaba la fecha.
Ella se la volvió a enseñar
y le pedía que la disfrutara
como quien ve
a un payaso devorando un pastel de fresas importadas.
Era una tarde de domingo, de Easter,
en pleno Central Park, ¿qué digo?,
en el Parque Central de Nueva York, en el oeste,
y la avenida se llenaba de coches halados
por caballos colmados de arreos.
Hombres con fracs los montaban
de caras redondas
como las manzanas que él había visto brillar
en los fugaces mercados habilitados al azar
en cualquier suburbio del Downtown.

Los fracs

brillaban en la tarde.
Él hubiera querido subirla a un coche
y recorrer Riverside Drive entero
y mirar al río Hudson correr
mientras a él le latía el corazón
como la manzana roja que rueda calle abajo.
Ella no comprendió el modo en que
a él se le iban los ojos hacia los coches
y los fracs.

Ella vio

una estampa de José Martí montado a un caballo
que se encabritó en el momento
en que lo esculpieron. Y le mostró
la estatua a él. Él sonrió, ladeó la cabeza
sobresaltada y puso las manos
sobre las ventanillas del automóvil
como para bajarse y entregarle
toda su nostalgia a Martí.
“Estamos locos”, le dijo ella a él
y se abrazaron en un ánimo triste;
se abrazaron sabiendo que ella y él

estaban lejos uno del otro
y que podían dejar de ser nómadas sin tregua,
locos de amor únicamente perdonados
por la fuerza irresistible del aire frío.

*Este número de la Colección Milhojas
se terminó de imprimir el día 15 de mayo
de mil novecientos noventa y ocho
en los talleres de Editor, S.A.
MADRID*